



# Último round: la revista *Plural* como respuesta sintáctica a *Casa de las Américas*

## The Last Round: *Plural* as a Syntactical Response to *Casa de las Américas*

GABRIEL WOLFSON REYES

Universidad de las Américas Puebla, México

*gabriel.wolfson@udlap.mx*

**Resumen:** A partir de un posicionamiento sobre el estudio de las revistas literarias, se detectan los puntos de contacto entre Octavio Paz y Roberto Fernández Retamar y entre sus dos revistas, *Plural* y *Casa de las Américas*, con la intención de demostrar que la primera se configura como una *respuesta sintáctica* al paradigma del intelectual revolucionario construido en la revista cubana. Para ello, se analizan tres ejes principales: las teorías literarias de cada revista, su canon del *boom* y su relación con el ámbito académico.

**Palabras clave:** Octavio Paz; Roberto Fernández Retamar; *Plural*; *Calibán*; Autonomía intelectual.

**Abstract:** Starting from a positioning about the study of literary journals, points of contact are detected between Octavio Paz and Roberto Fernández Retamar, as well as between their respective journals, *Plural* and *Casa de las Américas*, with the purpose of demonstrating that the first one is configured as a *syntactical response* to the paradigm of a revolutionary intellectual constructed in the Cuban journal. Three main axes are analyzed with that intent: each journal's literary theory, its *boom* canon and its relationship to the academic realm.

**Keywords:** Octavio Paz; Roberto Fernández Retamar; *Plural*; *Calibán*; Intellectual autonomy.

Para seguir los rastros de Octavio Paz a menudo conviene no hacer caso del propio Paz. En sus *Obras completas* realizó un notable trabajo editorial que, además de correcciones y reescrituras, incluiría un fuerte ejercicio de descontextualización al desplazar algunos textos de una época a otra o al encadenarlos a conclusiones a las que llegó mucho después de su escritura original. Un ejemplo apenas anterior se da en 1991: con el tono triunfalista propiciado por la Perestroika, Paz publicó un breve artículo en *Vuelta* donde esta y *Plural* eran “dos momentos de la misma *empresa* [...]”. *Vuelta* es una continuación de *Plural* [...]. En julio de 1976 abandonamos *Plural*, no el espíritu ni los propósitos que nos animaban” (Paz 1991: 10). La confusión ha sido repetida por la mayoría de quienes han escrito sobre *Plural* –muy pocos, dado que *Plural* suele aparecer como mero antecedente de *Vuelta*–. Pero las diferencias entre una y otra revista son remarcables: mientras *Vuelta* es obra de Paz y de un grupo consolidado, *Plural* responde a un Paz que da clases en Estados Unidos y que más bien, a trompicones, busca a la gente que eventualmente constituirá ese grupo; *Vuelta* asume a plenitud la tarea de criticar el marxismo, mientras que *Plural* está lejos de plegarse a la obligación de “combatir esta enfermedad colectiva”, como después llamó Paz al “catecismo marxista-leninista” (Paz 1991: 11);<sup>1</sup> y si *Vuelta* desarrollará una línea de clara repulsa a la prosa y el pensamiento universitarios, *Plural*, aun desesperadamente, recurrirá al prestigio académico para dotarse de autoridad enunciativa.

Si confiáramos en esa versión donde *Plural* es un proyecto planificado y homogéneo, el primer paso en la crítica del totalitarismo comunista, plantearla a su vez como respuesta a Roberto Fernández Retamar, su *Calibán* y su *Casa de las Américas* tendría que resultar sencillo: rastrear en *Plural* los numerosos ensayos referentes a Cuba y las reseñas adversas de *Calibán*. El problema es que no hay tales ensayos, es más: quizá el nombre de Retamar no aparezca una sola vez en los 58 números de *Plural*.<sup>2</sup> Sin embargo, mi hipótesis es que *Plural* se construye como réplica al modo en que el legendario dilema de los años sesenta sobre las funciones del intelectual en Latinoamérica cristalizó en *Calibán*, publicado por primera vez, como se sabe, en *Casa de las Américas*. Para argumentar esto echo mano de la noción de *sintaxis* que Beatriz Sarlo sugirió como forma de acercamiento a las revistas culturales (1991: 9-10). No es momento para ahondar en dicha noción; solo señalaré que con ella se engloban no los textos ni sus asuntos, sino los modos en que fueron presentados y articulados –lo cual comprende desde el particular régimen de géneros de una revista hasta detalles tipográficos– para cumplir con el objetivo de cualquier revista según Sarlo: hacer política cultural. Y que, bajo esa perspectiva, se elude la deshistorización a que a veces son sometidas las revistas literarias cuando se las estudia, en primer lugar, como simples concreciones de un proyecto magistral y, en segundo, como aun más simples vehículos transmisores de textos, mismos que, en tal

<sup>1</sup> Piénsese cómo algunos de los escritores más claramente asociados a *Vuelta* y a ese ‘combate’ del marxismo –Mario Vargas Llosa, Enrique Krauze, Eduardo Lizalde– ocuparon justo los años de *Plural*, la primera mitad de los setenta, para empezar a replantearse su posición de izquierda.

<sup>2</sup> En adelante usaré solo el segundo apellido para referirme a Fernández Retamar.

caso, pueden desprenderse de la revista para reagruparse, por ejemplo, bajo categorías temáticas, algo que el único estudio hasta la fecha dedicado en exclusiva a *Plural*, el por otra parte muy sólido libro de John King, no logra evitar (2011).<sup>3</sup>

A continuación desarrollaré los puntos necesarios para postular a *Plural* como respuesta sintáctica a *Calibán*, esto es, como el *último round* de la larga disputa en torno a los focos de dominio simbólico que atravesó la década del *boom*.

## 1.

Según contó alguna vez Retamar, Paz fue uno de los poetas latinoamericanos que más leyó en su adolescencia. Mucho más tarde, alegando que fue él y no Paz quien empleó primero el término “postvanguardia” para referirse a autores como Lezama y Paz mismo en una conferencia de 1957, Retamar cuenta que Paz la conoció porque, dice, “tuve el gusto de dársela, y de conversar luego ambos sobre ella, en días felices de París, hace más de treinta años” (2004: 110 n.). En 1993, en esa especie de memorias frente al tribunal de la posteridad que es *Itinerario*, Paz evocaría un supuesto momento de ruptura con Retamar:

Todavía en 1967, en una carta dirigida a un escritor cubano, Roberto Fernández Retamar, figura prominente de la Casa de las Américas, le decía: soy amigo de la Revolución cubana por lo que tiene de Martí, no de Lenin. No me respondió: ¿para qué? El régimen cubano se parecía más y más no a Lenin sino a Stalin (2010: 49).

Lo cierto, no obstante, es que en la primera década de *Casa de las Américas*, hasta fecha tan tardía como mayo de 1970, Paz fue una presencia no constante pero sí muy respetada, a salvo de las pullas y venenos propios de la época. No solo es que el propio Retamar, en 1964, citara favorablemente *El laberinto de la soledad* en un ensayo sobre Carlos Fuentes (26: 123),<sup>4</sup> o que en 1967 publicaran una elogiosa reseña de *Poesía en movimiento* a cargo de Federico Álvarez (42: 155-157); incluso no se trata de que Paz colaborara con dos poemas —esto es, lo más importante de su labor escritural, según él mismo—, “La higuera religiosa” (31: 69-70) e “Himachal Pradesh” (53: 78-79), más tarde recogidos en *Ladera este*, y que el último fuera escogido para el número 60 de *Casa*, un número gigante por el décimo aniversario de la revista donde se republicaron

<sup>3</sup> Tampoco lo hace del todo un libro exhaustivo dedicado a las revistas de Paz, el de Jaime Perales, donde se afirma, nuevamente, que *Plural* y *Vuelta* son parte del mismo “proyecto cultural coherente” (2013: 13); se insiste en hablar de un grupo, un “círculo” de “miembros de la revista” (2013: 138), lo que para el caso de *Plural* es muy impreciso; y donde, además, se señala que “Paz tenía un desprecio, o poca confianza, de las especialidades en las ciencias sociales” (2013: 15), cosa que, según veremos, los índices de *Plural* y la búsqueda de expertos en economía, sociología o demografía por parte de Paz, por ejemplo, tranquilamente refutan.

<sup>4</sup> Para referirnos a textos publicados en *Casa* que no citemos directamente (o pequeños textos anónimos) se pondrá entre paréntesis primero el número de la revista y luego, el de la página.

los juzgados mejores textos de esa etapa. Quizá más importante es el modo en que *Casa* presentó a Paz como “el gran poeta mexicano” (53: 123)<sup>5</sup> y luego celebró de esta forma su renuncia a la embajada de México en la India:

Los libros recientes del poeta y ensayista mexicano Octavio Paz (1914) lo ratifican entre los primeros escritores latinoamericanos de hoy; Paz ha recibido últimamente el homenaje de numerosos intelectuales por su renuncia a la Embajada de su país en la India, en protesta por las masacres de estudiantes (53: 170),

lo que después se amplió de esta manera: “Exdiplomático, poeta, ensayista, crítico, profesor, Paz es en la actualidad la figura más relevante, aguda, influyente, contradictoria, indiscutible y discutida de las letras mexicanas, y uno de los primeros escritores de estos años” (58: 160). Podría agregarse que aun cuando se ha dado ya la ruptura entre Paz y *Casa*, tras el caso Padilla y la firma de Paz en la primera carta de intelectuales a Fidel Castro, Retamar no lo incluirá en la lista de agraviados de *Calibán*, y en la revista se aludirá a él solo una vez, de forma muy clara pero sin tampoco mencionar su nombre.<sup>6</sup>

## 2.

Pueden plantearse como trasfondo acaso conspiratorio las relaciones de Castro con el gobierno mexicano en los primeros años tras la Revolución, excepcionalmente buenas hasta que, primero, comenzaron los secuestros de aviones mexicanos desviados a Cuba, y después y sobre todo vino el escándalo por un supuesto agente de la CIA empleado en la embajada de México en Cuba en 1969 (Ojeda 2008). También habría que referirse a la fuerte crisis económica cubana derivada del fracaso de la “Zafra de los 10 millones” y del recorte de petróleo ruso, lo que condujo al “endurecimiento de la disciplina ideológica interna” (Jáuregui 2008: 505); según Jorge Edwards, en sus memorias como diplomático, “para muchos, la Revolución atravesaba por su momento más crítico. Algunos vaticinaban grandes estallidos populares” (1975: 87). Todo esto, junto con el contexto obvio del caso Padilla, ayudaría a explicar el arrebato de *Calibán*, un texto fuertemente coyuntural, según dijo Retamar en el mismo libro y luego confirmaron varios críticos.<sup>7</sup> Es cierto, como cuenta Edwards, que se vivía en Cuba una situación tensa, enloquecida, de plena impulsividad y, como se le achacaría al propio Padilla, con

<sup>5</sup> En el número anterior se repiten esas palabras y se reproduce el famoso poema de Paz “La limpidez”, su protesta contra la matanza de Tlatelolco (51-52: 266).

<sup>6</sup> En una “Declaración de la UNEAC” dentro del dossier que dedicó *Casa* al caso Padilla, se lee la siguiente alusión: “...y el poeta indescifrable, que renegó de la guerra española, a la cual asistió como a una romería, como a un pic-nic de recién casado y aun se arrepintió de haberla cantado tal vez con la única voz sincera que haya salido de su pecho nunca” (67: 153).

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo, Mabel Moraña: “[*Calibán*] es un ideograma que se produce y constituye como una intervención cultural estratégica ante el caso Padilla y como resultado ‘natural’ de un período de predominio dogmático (la ‘década gris’)” (2000: 568).

intelectuales “encastilla[dos] en una disidencia rígida, resentida, que también podía llegar a excluir la apertura” (1975: 199-200); de la misma forma, Haydée Santamaría, directora de Casa de las Américas, intentaba acaso salvar a la institución con un reforzamiento de su adhesión al régimen tras haber pasado momentos de cierto peligro por su familiaridad con muchos intelectuales ‘burgueses’ (Edwards 1975: 309).

Es necesario, no obstante, resaltar asimismo lo no coyuntural de *Calibán*, la trayectoria más específicamente cultural de la que emerge. En principio, no ha de olvidarse que *Calibán* se inscribe en la polémica más importante de los sesenta, aquella sobre el compromiso o la autonomía de los escritores (Gilman 2003); el mismo Retamar señalaría años después que tal polémica se dirimía sobre todo en las revistas literarias, y que su ensayo fue una intervención en dicha pelea (2004: 86).<sup>8</sup> Para precisar, podría decirse que *Calibán*, en efecto respuesta oblicua al caso Padilla, es también respuesta a otras discusiones, no siempre tan en la superficie ni tan inmediatas: sobre teoría literaria, modelos poéticos, cultura latinoamericana, todas, a su vez y en buena medida, discusiones políticas eufemizadas. Que Retamar evitara en *Calibán* escribir el nombre de Padilla no constituyó solo un mañoso olvido o una argucia epistemológica: en el fondo, quizá sin quererlo, en parte le hacía justicia a su texto.<sup>9</sup>

### 3.

A vuelo de pájaro, es viable distinguir tres etapas en *Casa de las Américas* desde su fundación hasta el año que nos ocupa, 1971: la primera, muy breve, bajo la dirección de Haydée Santamaría, caracterizada por un perfil más literario y por contar básicamente con colaboradores cubanos, entre otros algunos después mal vistos o vetados, como Virgilio Piñera, Calvert Casey o Antón Arrufat. La segunda, la del esplendor del *boom*, cuando la explosión novelística y editorial navega en calma junto a los ardores revolucionarios, ejemplificada por el número 26, de finales del 64, donde el ahora clásico ensayo de Ángel Rama “Diez problemas para el novelista latinoamericano” da

<sup>8</sup> Piénsese que la primera versión de *Calibán* apareció como ensayo en *Casa* en un número, el 68, de septiembre-octubre de 1971, titulado “Sobre cultura y revolución en la América Latina”, acompañado de “Nuestra América”, de Martí, “El artista y la época”, de Mariátegui, y “Mella y los intelectuales”, de Portuondo (además de que el número anterior había sido el consagrado al caso Padilla). *Calibán*, pues, funcionó como una intervención en la polémica sobre revistas y políticas culturales también por la forma y el espacio bajo los que fue ofrecido a la lectura: como una verdadera *estrategia*, según dijo Moraña, que al mismo tiempo hacía de una revista, *Casa*, un espacio para dirimir fuertísimas disputas políticas y personales.

<sup>9</sup> Con *argucia epistemológica* me refiero al hecho de que *Calibán* –y sus muchas prolongaciones y revisitaciones– desempeñó un doble juego: postularse como texto teórico, con su correcto aparato académico, pero permitiéndose la retórica del panfleto y aun de la autobiografía. Esto también podría tomarse a la inversa, según veremos más adelante: ensayo político y coyuntural, se inscribió más bien en un corpus –que acaso contribuyó a fundar– no político sino, poco a poco, específicamente académico.

pie a capítulos de *Rayuela*, *Juntacadáveres*, *Cambio de piel*, *La casa verde* y *Sobre héroes y tumbas*, además de ensayos sobre Alejo Carpentier, Julio Cortázar, Juan Carlos Onetti, Carlos Fuentes, Juan Rulfo, Vargas Llosa, José María Arguedas, Ernesto Sabato. Por último, la etapa modelada por Retamar como director de la revista y que continuaría más allá de 1971.

Según Edwards, la gente de *Casa* ya se sentía “en situación precaria” a mediados de los sesenta (1975: 63); en todo caso, fuera o no bajo la consigna de contentar la revista con el régimen y alejarla del peligro, la dirección de Retamar sin duda lo logró. En pocos años la sección de “ficción”, que agrupaba narrativa y poesía, se fue vaciando de nombres importantes, mientras que cada vez más aparecieron secciones de textos específicamente políticos; de igual forma, se hizo fijo el editorial en cada número, escrito quizá por Retamar, siempre coyuntural y melodramático. *Casa*, pues, pasó de una revista literaria y cultural, a cargo de algunas de las plumas más renovadoras de Cuba, a ser casi el órgano oficial para la discusión estético-política internacional.<sup>10</sup> Incluso, como se sabe, el comité de colaboración que arma y consolida Retamar –integrado entre otros por Emmanuel Carballo, Cortázar, Roque Dalton, René Depestre, David Viñas, Vargas Llosa, Rama– es tranquilamente disuelto en el número 65-66, entrega que aparece mientras tienen lugar los actos centrales del caso Padilla.

Y es que fue bajo la dirección de Retamar cuando *Casa* asume como tema obsesivo el de “la situación del intelectual latinoamericano”. Tal fue el título del dossier del número 45, que comenzaba, por cierto, con un editorial sobre la muerte del Che. Dos números más adelante, el dossier se dedicó al Congreso Cultural de La Habana e incluyó el importante “Llamamiento de La Habana”, donde explícitamente se pedía a los intelectuales de Latinoamérica el compromiso de luchar contra el imperialismo, compromiso que debía

reflejarse en una toma de posición categórica contra la política de colonización cultural de los Estados Unidos, lo cual implica el rechazo de toda invitación, toda beca, todo empleo o todo programa cultural o de investigación, en la medida en que dicha aceptación constituyera una colaboración con la política mencionada (47: 101).

Si el “Llamamiento...” resumía las tensiones acumuladas hasta entonces –centradas en ‘escándalos’ de intelectuales becados por Estados Unidos o, sobre todo, de la revista *Mundo Nuevo* y su patrocinio–, el dossier también incluía un ensayo del propio Retamar, “Responsabilidad de los intelectuales de los países subdesarrollantes”, que sintetizaba lo que se podría llamar la teatralización del intelectual en trance de devenir revolucionario: culpa pequeñoburguesa, golpes de pecho, promesas de sacrificio: una autohumillación continua por ser eso, un intelectual (47: 121-123; Gilman 2003: 219-231). ¿Y qué tendría que ser entonces? Revolucionario:

<sup>10</sup> Un ejemplo entre muchos otros: el número 51-52, de principios de 1969, dedicado a los 10 años de la Revolución, y lleno de textos encargados ex profeso, textos con una retórica combativa y sentimental que conforman un número de *Casa* fuertemente propagandístico.

Un hombre que en el período insurreccional ha puesto bombas (ejerciendo así “la crítica de las armas”), al llegar la revolución al poder no sólo no sigue poniendo bombas, sino que, por ejemplo, es nombrado viceministro de la construcción. ¿Quiere decirse con esto que ha traicionado sus fines? Por supuesto que no. Los traicionaría si siguiera poniendo bombas, esta vez contra la revolución socialista (Fernández Retamar 1969: 29).

Así sintetizó Retamar la “razón revolucionaria”, que terminaría copando la revista a su cargo.

#### 4.

En *Casa*, sin embargo, Retamar también fue tejiendo una tradición nueva e importantísima para los estudios latinoamericanos: la posición que entonces se llamó anticolonial y después, academia anglosajona mediante, postcolonial. En la revista Retamar alojó y articuló numerosos textos, de *The Pleasures of Exile*, de George Lamming, a *Un tempête: d’après La Tempête de Shakespeare*, de Aimée Césaire, pasando por Frantz Fanon o Depestre (Jáuregui 2008: 462). Que no se trató de colaboraciones aisladas o casuales lo prueban, entre otras cosas, los dossiers conformados en torno a “África en América”, en 1966 (que respondía a la Conferencia Tricontinental a que convocó Castro a principios de año, con líderes de África, Asia y Latinoamérica), “Del primer festival panafricano de cultura”, de 1970, o el dedicado al centenario de Lenin, también de 1970, que incluye el texto del propio Retamar “Notas sobre Martí, Lenin y la revolución anticolonial”.<sup>11</sup>

Antes, a principios del 67, Retamar había publicado su primer texto teórico en *Casa*, “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”, donde se remite al *Ariel* de Rodó como un ensayo más comprensivo para la cultura latinoamericana que *El laberinto de la soledad* (1967: 14). Con esto fue abriendo a su vez otra línea fundamental, la de textos que comenzaron a reflexionar sobre las formas de aproximación a la literatura o la cultura del continente, línea que, amén de los propios ensayos de Retamar (entre ellos, “Para una teoría de la literatura latinoamericana”, ya de 1973), encontraría pronto dos colaboraciones centrales de Carlos Rincón, el académico colombiano: “Para un plano de batalla de un combate por una nueva crítica en Latinoamérica” –publicado en pleno 1971 y donde famosamente criticaba a Vargas Llosa (67: 39-59)–, y “Sobre crítica e historia de la literatura hoy en Latinoamérica” (80: 135-147).

<sup>11</sup> Dossier “África en América”, con textos, entre otros, de Fernando Ortiz, Nicolás Guillén, Césaire, Depestre, Jacques Roumain, Fanon y Malcolm X (36-37: 5-181); dossier “Del primer festival panafricano de cultura” (58: 3-47); “Notas sobre Martí, Lenin y la revolución anticolonial” (59: 116-130). Habría que agregar el ensayo de C. L. R. James “Poder negro” (48: 215), las dos entrevistas a Césaire (49: 130-142), y el ensayo de Lamming “Actitudes de la literatura antillana con respecto a África” (56: 120-125).

Vargas Llosa no fue ni el único ni el primer escritor atacado por la *Casa* de Retamar. Antes, en 1966, como bien se sabe, a Pablo Neruda se le dirigió una carta firmada por la plana mayor y menor de escritores cubanos donde se lo cuestionaba por haber asistido a un congreso del PEN Club en Estados Unidos (38: 132). Ahí mismo comenzó una pulla a Fuentes por haber reseñado ese congreso para la revista *Life*, que continuó en el número siguiente cuando Desnoes apuntó:

Quando Carlos Fuentes acepta, por ejemplo, colaborar en *Life*, acepta de entrada las limitaciones de la revista, el enfoque político de la revista. Acepta que *Life* ha atacado sistemáticamente a la revolución cubana, ha defendido la intervención norteamericana en Santo Domingo, ha respaldado los peores gorilazos de América Latina. Y aunque Carlos Fuentes siempre ha mantenido una posición progresista, siempre ha repudiado los golpes militares en el continente, sabe que muchas de esas cosas no se pueden decir en *Life*. Y calla y cobra y se hace cómplice de la política de la revista (1966: 135).

Aún se trata, no obstante, de críticas negociables;<sup>12</sup> poco después vendrán ya las rupturas definitivas, comenzando, si no me equivoco, con la muy penosa ruptura de *Casa* con Nicanor Parra, y llegando a su clímax con *Calibán* –sus golpes a Fuentes, Rodríguez Monegal y Borges– y con las cartas de protesta dirigidas a Castro tras la retractación de Padilla.<sup>13</sup>

Y una ruptura más, aunque esta vez no con algún escritor, sino con la corriente teórica en boga en aquellos años, el estructuralismo. A Retamar debió haberle sido difícil este desmarque, pues él se había formado en París con André Martinet y otros lingüistas. Pero poco a poco fue también tejiendo un discurso que comenzó recelando de la ahistoricidad del estructuralismo y que terminó, en los momentos álgidos, por rechazarlo categóricamente. En 1967 publica en *Casa* un ensayo donde Romano Luperini advierte, frente a la primacía estructuralista del momento, que si el estudio de las estructuras no se sujeta en la historia, acabará idolatrando la obra de arte burguesa (44: 51-60). En 1969 el dossier aclara la centralidad de la cuestión: titulado “Marxismo y estructuralismo”, presenta un texto del mismo Luperini, otro de Adolfo Sánchez Vázquez –colaborador cada vez más frecuente de la revista– y uno más de Nils Castro. El de Luperini esta vez ya da por hecho “las mistificaciones ideológicas [...] del estructuralismo”, y plantea que pretende “comprobar la incapacidad del método estructuralista [...] para liberarse de las propias aporías de fondo y alcanzar un real

<sup>12</sup> En el número 43 (julio-agosto de 1967), Retamar publica en *Casa* una carta de Fuentes fechada en París en febrero. En ella Fuentes acusa recibo de las críticas y se suma retórica e incondicionalmente a la Revolución, amén de ofrecer un capítulo de *Cambio de piel*, capítulo que, en efecto, se publicará en el siguiente número para sellar la momentánea reconciliación.

<sup>13</sup> El pequeño episodio con Nicanor Parra fue ventilado en *Casa de las Américas* al transcribirse tres telegramas: primero uno de *Casa*, donde le retiran la invitación a ser jurado de uno de sus premios por haber ido Parra a la Casa Blanca y tomado té con la esposa de Nixon; el segundo, lastimoso e inverosímil, de Parra, pidiendo perdón y “rehabilitación urgente”; el último, de *Casa*, para denegar tal rehabilitación (61: 183).



conocimiento del objeto artístico” (1969: 19). Sánchez Vázquez hace un buen repaso del estructuralismo, de Saussure a Hjelmslev, y concluye afirmando que no “es posible un análisis estructural de la historia” salvo que se comprenda la teoría marxista de la historia como una teoría estructuralista (1969: 35). El ensayo de Castro es más claro en su conclusión: si el estructuralismo no se piensa como posibilidad de describir estructuras para que el hombre las cambie, entonces, apunta, no sirve de nada (1969: 58). El asunto se retomaría en *Casa* apenas pasado el caso Padilla, en 1972, con otro dossier dedicado a “Semiótica y marxismo”, con textos de Ferruccio Rossi-Landi, Julia Kristeva, Yuri Lotman, Boris Uspensky y Jan Mukarovsky. Este entramado de textos teóricos le permitió a Retamar articular estructuralismo y conciencia burguesa en *Calibán*, y asumir una postura anti-inmanentista del estudio literario, una aproximación anclada en lo social y en la historia. Años después, en su ensayo “Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana”, resumiría su posición con arengas contra Jakobson y su concepto de *literaturnost*, con una lúcida identificación de lo ideológico de cierta escuela lingüística que se presumía objetiva –sin identificar, no obstante, lo ideológico de algunas de sus propias posiciones–, con su ataque al “estructuralismo vulgar” y, muy importante, con su planteamiento de que la tendencia dominante de las letras hispanoamericanas no era la ‘pura’ –aquella que había *deslindado* Alfonso Reyes de los usos instrumentales de la literatura–, sino la “amulatada, la híbrida, la ‘ancilar””, conformada justamente por géneros ancilares: crónicas, discursos, memorias, diarios, “formas ‘sociográficas’ como *Facundo*”, testimonios, cartas –esto es, los géneros a los que cada vez más dio cabida *Casa*– y también por la poesía, pero no cualquier poesía: aquella poesía “que suele preferir lo instrumental” (Fernández Retamar 2001b: 450, 463-465).

Con estos hilos bien tejidos por Retamar en *Casa* en la segunda mitad de los años sesenta –anti- o contracolonialismo, teoría literaria, argumentos *ad hominem* y anti-estructuralismo– intento plantear la cara opuesta a como suele leerse *Calibán*: aquello que lo vuelve no un texto de ocasión, sino derivación incluso lógica, natural, de un proceso previo, la cristalización de una serie de líneas que encuentran con el caso Padilla su punto de fusión.

## 5.

En este sentido, *Plural* es respuesta no a un texto coyuntural –sería absurdo resumir así 58 números y 5 años de una revista– sino a un proceso que terminó encarnando en *Calibán* justo cuando Paz planea su revista y también cuando Carballo, viejo amigo de *Casa*, publica en México la primera edición como libro de *Calibán*, a los pocos días de aparecido en la revista.<sup>14</sup> Más tarde, no en *Plural* sino en *Vuelta*, encontraremos quizá la única respuesta explícita a Retamar, el único y brevísimo diálogo o alegato planteado

<sup>14</sup> Roberto Fernández Retamar: *Caliban*, México: Diógenes, 1971.

desde una revista de Paz a su viejo conocido parisino, y no firmado por Paz, sino por alguien, Rodríguez Monegal, a quien le sobraban razones para responderle a Retamar en la revista que fuera. En “Las metamorfosis de Calibán” Monegal señala el afrancesamiento de Retamar, hace una amplia defensa de su paisano Rodó, acusa a Retamar de haberlo leído mal y aun pretende rebasarlo por la izquierda: por no haberse referido en su ensayo al movimiento antropófago brasileño, se perdió, dice, “el contexto vivo e iconoclasta de una verdadera cultura latinoamericana” (1978: 23).

Pero este ensayo de Monegal aparece en una revista de Paz cuando Paz ya no alberga ninguna duda de lo que piensa y *siempre ha pensado* sobre Cuba, el marxismo, la sociología, etcétera: antes, en *Plural*, habría sido muy difícil que lo publicara en caso de que se lo ofrecieran, y no solo porque en esos primeros años setenta Paz habría sido más cauto en sus decisiones editoriales<sup>15</sup> sino, más importante, porque, dudoso él mismo de sus convicciones políticas, olfateando aquí y allá en pos de nuevas teorías, certezas, reparos o confirmaciones, Paz buscaba, tanteando, una especie de tercera posición, alejada de lo que *Casa* representaba pero también del anticomunismo o del oficialismo ramplón, de los que en México tenía varios ejemplos a mano.

En *Plural*, pues, no hay respuestas explícitas a Retamar ni a *Casa*, salvo que consideremos como tal el famoso ninguneo mexicano. Aunque pueda sonar extraño dada la trayectoria posterior de Paz y de la revista *Vuelta*, *Plural* no es una publicación anticomunista, antimarxista ni tampoco enfocada en criticar el régimen cubano. Al menos en cuatro de los cinco años que dura la revista, el socialismo sigue siendo el proyecto político dominante; incluso, en varias ocasiones, es dado por hecho como objetivo utópico que orienta la reflexión y la acción presentes.<sup>16</sup> Como un par de ejemplos entre otros muchos posibles, piénsese en el ensayo de I. F. Stone “La traición de la psiquiatría”, de principios de 1972, donde en efecto se critica el uso perverso de la psiquiatría para condenar a opositores por parte del Estado ruso, pero al mismo tiempo se aboga, con toda claridad, por el sueño de un socialismo libertario (7: 32-37); o bien

<sup>15</sup> Considérense dos aspectos básicos: por un lado, el hecho de que *Plural*, aunque con mucho campo libre, dependía del periódico *Excelsior*, cuyas posiciones políticas no siempre coincidían con las de Paz. Vicente Leñero cuenta en su novela sin ficción *Los periodistas* cómo Julio Scherer —el director del periódico y quien invitó a Paz a hacer la revista— debía defender *Plural* constantemente ante la asamblea de cooperativistas de *Excelsior*, pues reportaba pérdidas. Por otro lado, al principio de la década de los setenta el prestigio, el peso cultural y político de *Casa de las Américas* y su revista son aún muy grandes, y no solo en Latinoamérica, mientras que Paz apenas comenzará propiamente su etapa de mayor difusión pública a través de su revista y de su presencia en Estados Unidos. Cuando publica el texto de Monegal en *Vuelta*, al final de la década, la situación casi se ha invertido: Cuba pasa fuertes apuros, los regímenes comunistas europeos comienzan a resquebrajarse, el *boom* es cosa del pasado, y Paz no ha hecho sino incrementar sus contactos internacionales, sus relaciones políticas, su prestigio literario.

<sup>16</sup> Antes que los ejemplos que vienen, no está de más recordar cómo concluía el famoso texto de Paz “Los campos de concentración soviéticos”, publicado originalmente en *Sur* en 1950 y más tarde, mucho más tarde, presentado por Paz como el texto inaugural de su descreimiento o desasimiento del socialismo: “Es inexacto, por lo tanto, decir que la experiencia soviética condena al socialismo. [...] Los crímenes del régimen burocrático son suyos y bien suyos, no del socialismo” (2009: 170).

el número 30, ya de 1974, dedicado en buena medida al tema del totalitarismo comunista: abre con el poema de Paz “Aunque es de noche” donde es central la figura de Stalin, incluye un ensayo de Roy Medvedev sobre *Archipiélago Gulag*,<sup>17</sup> otro de Irving Howe también sobre Solyenitzin y Lukács, y cierra con un largo texto de Paz, “Polvos de aquellos lodos”, sí una acusación frontal a las burocracias comunistas totalitarias, sí el primer ataque a Castro –“El César se puede llamar Brejnev, Mao o Fidel: el proceso es el mismo” (1974: 23)–, pero a la vez, y como conclusión, aún la asunción franca del horizonte utópico al menos parcialmente marxista:

Más allá del leninismo está el marxismo. Aludo al marxismo original, el elaborado por Marx y Engels en sus años de madurez. Ese marxismo contiene igualmente gérmenes autoritarios —aunque en muchísimo menor grado que en Lenin y Trotski— y muchas de las críticas que le hizo Bakunin son todavía válidas. Pero los gérmenes de libertad que se hallan en los escritos de Marx y Engels no son menos fecundos y poderosos que la dogmática herencia hegeliana. Y todavía puede agregarse algo más: el proyecto socialista es esencialmente un proyecto prometeico de liberación de los hombres y los pueblos. Solamente desde esta perspectiva se puede (y se debe) hacer una crítica de las tendencias autoritarias del marxismo (1974: 26).

Si la llamada democracia liberal tardará mucho en aparecer tímidamente en *Plural*, lo mismo que la crítica ya no del régimen ruso, sino del marxismo —de la mano de autores como Leszek Kolakowski, Kostas Papaioannou, Albert O. Hirschmann o Daniel Bell—<sup>18</sup> es porque, en este sentido, la respuesta que supone *Plural*, en vez de dada de una vez para siempre, se fue construyendo mediante muchos números y muchas posiciones divergentes y dubitativas.

## 6.

La discusión sobre la función del intelectual en Latinoamérica, aquella que dominó diez, quince años de *Casa de las Américas*, también fue casi obsesiva en *Plural*. A lo largo de sus 58 números encontramos muchos textos, desde pequeños manifiestos hasta, por ejemplo, la presencia constante de Solyenitzin como pretexto en torno al cual se reflexiona sobre lo que debe o no hacer un escritor, pasando por elegías por la pérdida de presencia social de los intelectuales. El núcleo de este tema en *Plural* ocurrió espe-

<sup>17</sup> En el último número de *Plural* se incluye otro ensayo de Medvedev que cierra de esta manera:

Terribles son los crímenes que Solyenitzin narra tan vívidamente en su libro. Todos nos sumamos a él en la condena de los mismos. Sin embargo, yo sigo creyendo que solamente la victoria de una sociedad genuinamente socialista, y el triunfo de unas relaciones humanas y morales auténticamente comunistas, pueden ofrecer a la humanidad una firme garantía de que tales crímenes no se volverán a repetir (1976: 79).

<sup>18</sup> Véanse los ensayos de Kolakowski: “George Sorel: un marxismo jansenista” (44: 6-18), Papaioannou: “Lenin, la revolución y el Estado” (41: 6-16), Hirschmann: “Desigualdad y desarrollo: el efecto de túnel” (12: 11-17) y Daniel Bell: “La sociedad postindustrial” (31: 6-15).

cíficamente en 1972 en torno a la novedosa política del presidente Luis Echeverría en relación con los intelectuales. No es momento para relatar completo el episodio; basta con recordar que Echeverría promete públicamente una apertura decidida a la crítica mientras intenta deslindarse de los asesinatos del Jueves de Corpus del año anterior. En *Plural* la polémica se desata a partir de las declaraciones de Fuentes, quien afirma que en esos momentos sería un “crimen histórico” por parte de los intelectuales dejar aislado al presidente.<sup>19</sup> En el número 11 se publica el ensayo de Fuentes “Opciones críticas en el verano de nuestro descontento”, donde insiste:

Cometen un crimen histórico quienes se dejan manipular por la extrema derecha [...]. Lejos de consagrar la política de represión, Echeverría optó por una política de democratización. [...] El único apoyo que un escritor sabe que puede dar a su comunidad se llama *crítica* [...]. La verdadera crítica tiene hoy un sentido práctico en México: impedir un golpe de la extrema derecha (1972: 9),<sup>20</sup>

y donde equipara a Echeverría con Lázaro Cárdenas y Salvador Allende. En el número siguiente Zaid le responde a Fuentes con un elemento clave para establecer la posición de *Plural* en relación con la función del intelectual: “Por eso creo que te equivocas en lo más importante: al usar tu prestigio internacional para reforzar al ejecutivo, en vez de reforzar la independencia frente al ejecutivo” (1972: 52). Un intelectual, argumenta Zaid, no debería hacerle el juego al gobierno aun si en lo privado cree en las bondades de tal gobierno: su papel es airear lo público.<sup>21</sup> Y, en fin, el número siguiente presentará un dossier que podríamos leer como una respuesta distante a los varios dossiers sobre el tema que elaboró *Casa* en su momento. Titulado “México 1972. Los escritores y la política”, incluyó textos de Fuentes, Juan García Ponce, Jaime García Terrés, Monsiváis, José Emilio Pacheco, Segovia, Luis Villoro, Zaid y Paz. Y si bien hay ciertas disonancias, sobre todo de parte de Villoro, estas palabras de Paz más o menos fijan la posición que se seguirá construyendo en el resto de números de *Plural*:

<sup>19</sup> Más tarde, en el número 10, de julio del 72, hay en la sección “Letras, letrillas, letrones” una crónica sobre el viaje de Echeverría a Nueva York (“Los viajes ilustran”), donde se reunió con varios intelectuales de izquierda (Arthur Miller, William Styron, John Womack, Hannah Arendt, y con Fuentes, Ricardo Garibay y Paz). En ella aún se da cierto margen de confianza a las actividades y discursos del presidente. Pero desde antes, en el número de abril, ya aparece un duro ensayo de Gabriel Zaid que ironiza sobre la *apertura* que el presidente graciosamente concedía (7: 12).

<sup>20</sup> John King señala: “Fue esta lógica la que le permitió a Fuentes aceptar el cargo de embajador en Francia en 1975” (2011: 36). Tomás Segovia terciaría treinta años después: “En aquella época, por ejemplo, estaba bastante extendida una opinión que hoy resulta bien difícil de creer; tan difícil, que muchos de nosotros tendemos a negar que la hayamos compartido. Era la opinión de que el gobierno de Echeverría iba a emprender un retorno a las fuentes de la Revolución” (2011: 45).

<sup>21</sup> Considérese que, al mismo tiempo, el suplemento *La Cultura en México*, ya a cargo de Carlos Monsiváis, esbozaba una posición distinta sobre el mismo asunto, en manos de Héctor Aguilar Camín, Héctor Manjarrez, Carlos Pereyra y de quien más tarde sería el brazo derecho de Paz, Enrique Krauze. Véase el número 548 de *La Cultura en México*, del 9 de agosto de 1972.

Como ciudadano soy partidario de ese movimiento [popular independiente y democrático que agrupe a todos los oprimidos y disidentes de México]. Como escritor mi posición no es distinta ni contraria sino, valga la paradoja, otra. Como escritor mi deber es preservar mi marginalidad frente al Estado, los partidos, las ideologías y la sociedad misma. Contra el poder y sus abusos, contra la seducción de la autoridad, contra la fascinación de la ortodoxia. Ni el sillón del consejero del Príncipe ni el asiento en el capítulo de los doctores de las Santas Escrituras revolucionarias (1972: 22).

Reforzada por las coincidencias de Zaid, García Terrés, Segovia,<sup>22</sup> la proclamación enfática, heroica y, podríamos decir, nostálgica de la autonomía del intelectual se prolongará en *Plural* con numerosos ensayos y, sintácticamente, con la distinción tajante entre ‘creación’ y ‘pensamiento político’ visible en muchas decisiones editoriales (por ejemplo, la separación de textos literarios y textos políticos aun si la revista no contó con secciones fijas; la dedicación casi exclusiva del “Suplemento” –páginas a color al centro de cada número– a cuestiones estrictamente literarias; el cambio tan notorio de tono, de léxico incluso, cuando un mismo autor publicaba en un mismo número un poema, digamos, y un artículo sobre actualidad política: como si se tratara, literalmente, de dos personas distintas): contra aquella hibridez postulada por Retamar, un renovado *deslinde* mexicano. Quiero insistir en esto: la réplica de *Plural* a Retamar y *Casa* no se concentra tanto en elaborar un discurso antimarxista, en postular una posición antagónica, sino en recuperar y apuntalar la noción de autonomía del intelectual esbozada principalmente por Julien Benda en 1927 y consolidada en México en los ensayos de Jorge Cuesta.<sup>23</sup> Piénsese cómo, en cierto sentido, *Plural* aún coincide con *Casa* en el estímulo a los movimientos de liberación, contra metrópolis o contra dictadores, de muchos países o grupos sociales;<sup>24</sup> pero cómo, al mismo tiempo, al fundar la categórica separación entre literatura y política, el canon que propone será, ese sí, radicalmente distinto al canon de *Casa*: donde este arranca con Túpac Amaru, concluye con Dalton, Ernesto Cardenal o básicamente con Castro, halla su núcleo en Martí y promueve la hibridez, el testimonio, la crónica y el rescate de la oralidad, el de *Plural* apunta a un universalismo tan ilusorio como vanguardista, un canon igualmente abierto pero donde la novedad no es la inclusión de lo postergado por el poder, como pretende *Casa*, sino la alta cultura desatendida por la propia alta cultura, o bien poco conocida en el

<sup>22</sup> Y más tarde por la de un hombre de clara posición de izquierda como Leñero: “...dando por sobreentendido que mi tarea específica como novelista, como dramaturgo, sólo obedece a una lucha interior en la que trato de resolver, exclusivamente, los conflictos que me plantean mis propios demonios” (1972: 34).

<sup>23</sup> Véanse sobre esto Sánchez Prado (2010) y Contreras Alcántara (2010).

<sup>24</sup> Por ejemplo, el caso de Nicaragua y la dictadura somocista (Ernesto Mejía Sánchez: “Nicaragua celeste”, 17: 8), la dictadura argentina (Anónimo: “Crimen, indignación, ¿explicación?”, 13: 40), la discusión sobre las guerrillas “justificadas” cuando luchan contra “un gobierno usurpador o contra una tiranía a la que únicamente la fuerza puede derribar” (Anónimo: “Entre Viriato y Fantomas”, 21: 40), el texto de Paz donde se justifican las luchas guerrilleras de “campesinos desesperados” (“El plagio, la plaga y la llaga”, 36: 89) o los varios textos dedicados al golpe de Pinochet en Chile (25: 49-51).

ámbito hispánico: textos raros de Lewis Carroll, el ensayo de Ernest Fenollosa sobre la escritura china, Raymond Roussel, Edward Lear, Raimundo Lulio, el teatro Noh.<sup>25</sup>

7.

*Casa de las Américas*, como ya vimos, se interesó cada vez más en la teoría literaria, en cuestionar ciertas tendencias dominantes, en proponer una que emergiera de la propia cultura latinoamericana. En este sentido, valdría la pena recordar las célebres frases de Retamar en uno de sus ensayos más importantes, “Para una teoría de la literatura hispanoamericana”:

Las teorías de la literatura hispanoamericana, pues, no podrían forjarse trasladándole e imponiéndole en bloque criterios que fueron forjados en relación con otras literaturas, las literaturas metropolitanas. Tales criterios, como sabemos, han sido propuestos –e introyectados por nosotros– como de validez universal. [...] Frente a esa seudouniversalidad, tenemos que proclamar la simple y necesaria verdad de que *una teoría de la literatura es la teoría de una literatura* (1973: 132).

*Plural*, en cambio, si bien echó mano incluso mucho más que *Casa* de autores provenientes del medio académico, optó en términos generales por defender la idea de un saber literario propio de grandes lectores, de escritores, de sujetos sensibles e informados, pero no de profesores. Estos fueron convocados, más bien, para la crítica y la política. Podrían señalarse tres grandes focos académicos en *Plural*: uno, El Colegio de México, que proveyó de numerosos investigadores sociales cuyas colaboraciones se centraron en asuntos económicos, pobreza, desarrollo y en un tema que preocupaba mucho a *Plural*: el desmesurado crecimiento poblacional y las formas de control demográfico.<sup>26</sup> Dos, la UNAM,<sup>27</sup> que además de brindar también colaboradores a la

<sup>25</sup> Esta idea de los dos cánones también puede reforzarse a través de observar a los autores que publicaron en las dos revistas: hay pocos que publicaron mucho en ambas, y ya seguir su trayectoria supone descubrir caminos de entusiasmos y desencuentros fuertes (Vargas Llosa, Fuentes); hay alguno, Cortázar, que publicó en *Casa* con fidelidad a su línea ideológica y también en *Plural* –y en *Vuelta*– con fidelidad a su idea compartida de la autonomía de la escritura (y por su vieja amistad con Paz); el resto de colaboradores frecuentes realmente constituyen nóminas distintas, porque aquellos que repiten en una y otra publicación no suelen ser autores representativos de la tendencia de alguna de ellas (Luis Cardoza y Aragón, Josep Maria Castellet, Rafael Cadenas, José Ángel Valente). Pero cabe señalar lo siguiente: a pesar de apariciones contadísimas de claros autores de *Plural* en *Casa* (Segovia, Danubio Torres Fierro, García Ponce, Zaid), es evidente que, conforme avanza la década de los sesenta, algunos escritores que publicaron inicialmente en *Casa*, como Guillermo Cabrera Infante, Juan Goytisolo o José Bianco, no volverán a aparecer ahí, y en cambio lo harán con frecuencia en *Plural*. Se traman, pues, corpus casi excluyentes, con mucha gente que ni de broma habría colaborado en la otra revista.

<sup>26</sup> Véanse los artículos de Rafael Segovia, Lorenzo Meyer, Carlos Bazdresch, Mario Ojeda, Manuel Camacho Solís, Enrique Krauze, y desde luego las muchas entregas de Daniel Cosío Villegas en *Plural*: todos ellos, integrantes de El Colegio de México al momento de colaborar.

<sup>27</sup> Véase por ejemplo el número 4, donde aparece un dossier sobre “La sobrevivencia de la especie hu-

revista, fue un objeto de reflexión constante.<sup>28</sup> Tres, ciertas universidades estadounidenses de la costa este, sobre todo Harvard, de donde Paz consiguió muchas colaboraciones, varias de ellas de crítica literaria o lingüística (Harry Levin, Roman Jakobson) y, la mayoría, sobre desarrollo, sistemas políticos, democracia:<sup>29</sup> aunque esto debe trabajarse con mayor detalle, puede sugerirse que es justo ese corpus de profesores liberales estadounidenses el que empleará Paz, primero, para ir explicándose a sí mismo lo que cada vez lo convence menos del marxismo, y segundo, para sustituir un sistema de interpretación social con otro.

Sin embargo, la respuesta más fuerte de *Plural a Casa* en este terreno se juega con la apuesta de Paz por el estructuralismo.<sup>30</sup> Según Jaime Perales, quien tuvo acceso a la correspondencia entre Paz y Monegal, a Paz en su momento no le convenció del todo la sección de crítica de *Mundo Nuevo* porque le faltaba prestarle más atención al estructuralismo (Perales 2013: 94-95). La revista *Plural*, en cambio, como declaración de principios –un editorial no escrito– va a inaugurarse con un ensayo de Claude Lévi-Strauss, presumiendo además que se trata de un texto inédito en español (1: 1-4), y contará más tarde con otras colaboraciones relucientes en este sentido, como el largo ensayo de Jakobson “Ojeada al desarrollo de la semiótica” (48: 6-11 y 49: 13-18). Más importante será, no obstante, la selección de textos literarios en la revista, porque con ella se responde sintácticamente a Retamar. En *Calibán* la lingüística y el estructuralismo se percibían como ideologías burguesas en la base de la novelística de Fuentes, caracterizada como una “hazaña del lenguaje” que muestra “la pedantería y el provincianismo típicos del colonial”, propuesta que “coincide en lo esencial con la [de] Emir Rodríguez Monegal y Severo Sarduy [...] y otros similares a ellos, como Guillermo Cabrera Infante y Juan Goytisolo” (2004: 397-98).<sup>31</sup> En *Plural* serán justo

---

mana” a cargo de académicos de la UNAM, o el del número 12, “Hacia una política de población en México”, preparado por Víctor Urquidí, entonces presidente de El Colegio de México, y con textos de académicos de ambas instituciones.

<sup>28</sup> Véanse las largas notas sobre los conflictos de la UNAM en la sección “Letras...” (12: 53-54 y 15: 38-39), así como la nota, también anónima, pero cuyo estilo delata a Paz, donde la revista se lamenta por la apropiación de la UNAM por parte del Partido Comunista (16: 37-39), o bien el ensayo de Jorge Hernández Campos sobre el mismo tema (17: 19-20). Y especialmente, el largo ensayo de Larissa Lomnitz, profesora chilena de la UNAM, donde se elabora una crítica de la universidad convertida en terreno de promoción y autopromoción política (54: 18-22).

<sup>29</sup> A partir de haber impartido las Charles Eliot Norton Lectures en 1972, Paz se vuelve profesor visitante de Harvard de ese año al 77. Ahí, según informa Jaime Perales (2013: 143-44), Paz conoció e invitó a colaborar a varios profesores de Harvard, Boston University y el MIT: John K. Galbraith, Bell, Jakobson, Hirschmann, Frederick Turner, John Womack, Noam Chomsky, Steven Weinberg, Harry Levin y Calman Cohen, entre otros.

<sup>30</sup> Así, Maya Schärer-Nussberger fundamenta su estudio sobre Paz en el hecho de encontrar numerosos “rasgos de la obra paziana que permiten hablar de una perspectiva semiótica y estructuralista” (1989: 12).

<sup>31</sup> Al respecto, el siguiente apunte de Gilman:

Del rechazo de ciertas formas culturales “elitistas” pasaron [en *Casa*] a una impugnación de la cultura en sí misma. Por supuesto, esto supuso rechazar el lugar concedido en ciertos círculos intelectuales (modernizantes y atentos a las modas teóricas del mundo) a las “especulaciones lingüísticas”

estos autores –Sarduy, Cabrera Infante, Goytisolo, Manuel Puig– los primeros y más regularmente publicados,<sup>32</sup> pero además, a través de un extenso ensayo de Monegal (publicado en los números 4, 6, 7 y 8), que a los pocos meses aparecería como libro, *El boom de la novela latinoamericana*, se redibuja por completo la imagen del *boom* revolucionario que había trazado Retamar: el verdadero y gran antecedente del *boom* para Monegal es Borges, al que le sigue la potente tríada de Rulfo, João Guimarães Rosa y Lezama, complementada por un nombre que habría resultado imposible para Retamar, el de Macedonio Fernández, y que finaliza con los mejores continuadores o herederos: Puig, Cabrera Infante, Reynaldo Arenas y Sarduy. Monegal, pues, esboza una línea fundamentalmente vanguardista del *boom*, misma que *Plural* continuará desarrollando al publicar a tales autores y al reseñar constantemente sus nuevas obras.<sup>33</sup>

Y es que por debajo de ello hay un énfasis dado por *Plural* a lo “experimental”, término que entrecomillo porque se trata, en efecto, de una palabra usada entonces sin vergüenza ni ironía. Gilman advierte sobre el hecho de que, a partir de 1968, “se puede registrar una suerte de polémica entre realismo y vanguardia como eje central de los debates de la crítica y de los escritores”, esto es, entre dos tendencias, una de las cuales hacía énfasis en “los procedimientos representacionales más característicos del realismo (en sentido estricto), [y] otra que subrayaba el carácter experimental y un trabajo más exigente con el lenguaje”, tendencias que, por cierto, como Gilman recuerda, el propio Paz había denominado como “crítica social” y “creación verbal”, respectivamente (Gilman 2003: 327-334). Desde *Poesía en movimiento*, la antología de que fue coautor en 1966, Paz había hablado de un “experimento” y había resaltado de varios poetas su “voluntad de experimentación” (en Tornero 2001: 81).<sup>34</sup> El término denotaba un énfasis en el trabajo lingüístico de las obras, narrativas, poéticas o mejor, inclasificables,

---

que consideraban que la característica más relevante del siglo era la “ideología estructuralista”, en lugar de destacar la aparición del socialismo (2003: 175).

<sup>32</sup> En distintos números de la revista aparecen, por ejemplo, fragmentos de *Cobra*, *Maitreya* y *Barroco*, de Sarduy; de *The Buenos Aires affair* y *El beso de la mujer araña*, de Puig; de *Exorcismos de esti(lo)*, *Vista del amanecer en el trópico* y *La Habana para un infante difunto*, de Cabrera Infante; y de *Juan sin tierra*, amén de numerosos ensayos de y sobre Goytisolo. Pero hay más: *Plural* publica fragmentos de obras que Retamar habría igualmente considerado, sin duda, “hazañas del lenguaje” y marcadas por el estructuralismo, como *Larva*, de Julián Ríos, *Terra Nostra*, de Fuentes, *Plaza de Santo Domingo*, de Manuel Capetillo, o *Palinuro de México*, de Del Paso.

<sup>33</sup> No está de más recordar que, en cambio, el nombre de Gabriel García Márquez prácticamente desapareció de *Plural*, y que las únicas palabras que le dedicó Paz fueron este reclamo:

El entusiasmo de Gabriel García Márquez ante la expropiación del pensamiento ajeno no es compartido por muchos escritores peruanos [el colombiano había declarado su apoyo a la decisión del gobierno peruano de expropiar algunos medios impresos]. Es natural: no sólo han sido, en sus escritos, los expropiados, sino que, mientras García Márquez aplaude desde un hotel de Lisboa, ellos tienen que enfrentarse a una situación que los condena al silencio o a la lisonja del Gobierno militar. [...] ¿Cómo es posible que un escritor, cualquiera que sea el partido a que pertenezca o la ideología en que se ampara hable de “manejar la información” y de *servirse* de ella? (1975: 78-79).

<sup>34</sup> Véase la forma en que Del Paso, en una carta a Paz junto a la que enviaba el capítulo ya referido de *Palinuro*... para *Plural*, le señala: “Se tratará de un libro ambicioso, rabelesiano, y, desde luego, un experimento lingüístico” (en King 2011: 276).



ese abismarse en el lenguaje que Retamar había condenado con su canon testimonial y, para la poesía, su canon conversacional, aquel que había trazado desde 1958 al distinguirlo de la antipoesía y donde alojaba a Mario Benedetti, Ernesto Cardenal, la nueva trova y la canción protesta (Lemaître 2000: 610). Si Dante Carignano afirma que lo más importante de la neovanguardia poética a partir de los sesenta “prolonga la vía abierta por Parra y continuada por Cardenal y Neruda” (2010: 900), el trabajo de *Plural* acaso extravía la potencia más retórica y prosódica de esta línea, pero privilegia en cambio el experimentalismo principalmente visual. Del primer poema de Paz publicado en *Plural*, “Renga” (6: 32-34), a los dossiers dedicados a la poesía concreta brasileña (8: 21-28) o a la “poesía visual” (5: 4-11),<sup>35</sup> la revista alojó numerosos textos donde las palabras, en su materialidad, en su disposición o incluso en su desaparición, prolongaban la implícita disputa con Retamar, en buena medida porque, lo hubieran querido así o no sus autores, *Plural* tramaba con ellos un nuevo subrayado en el paradigma de la autonomía artística.<sup>36</sup>

8.

Quiero cerrar con un elemento que de cierta manera engloba los ejes que he trazado hasta aquí –modelo del intelectual, cánones renovados, perspectiva teórica– y que ayuda a observar mejor la bifurcación de rumbos que significaron *Casa* y *Plural*. Me refiero a la forma en que ambas revistas se relacionaron con el discurso y la institución académica, y que dibuja una especie de quiasmo. *Casa*, como hemos visto, elaboró una posición antiestructuralista, condenando las modas teóricas europeas –asociadas a lo colonial y lo burgués– y planteando la discusión en términos de una auténtica lucha (recuérdese el título de uno de los textos clásicos de Carlos Rincón al respecto:

<sup>35</sup> Considérese también el suplemento dedicado al artista argentino Rodolfo Krasno y sus libros-objeto (34: 43-46). Entre los numerosos textos que orbitan en torno a lo visual o experimental en *Plural* están los de John Cage, Ulises Carrión, Octavio Armand, Sarduy, Gerardo Deniz, Marco Antonio Montes de Oca, Parra, Ezra Pound, Samuel Beckett, Haroldo de Campos, Lorenzo García Vega y Ulalume González de León.

<sup>36</sup> En su provocativo estudio *El poder de la palabra: ensayos sobre la modernidad de la crítica literaria hispanoamericana*, Guillermo Mariaca escribe lo siguiente:

Ante la “trampa histórica” de la modernidad Paz responde, entonces, que la única salida es trascender la historia; no basta criticar a la modernidad cultural, o independizarse de ella, es necesario, si se cree todavía en la autonomía del arte, recurrir a la “fe en la palabra poética” como única práctica que garantiza retornar a la unidad entre hombre y naturaleza. [...] Sólo ella [la teoría literaria] traduce [para Paz] a términos modernos lo que de otra manera quedaría como “experiencia mística”, como “delirio con la página en blanco” (1993: 53-54).

Si nos convence este perfil de Paz –deudor del análisis que había realizado Jorge Aguilar Mora en *La divina pareja: historia y mito en Octavio Paz*–, podría verse entonces cómo el estructuralismo se le apareció a Paz como una corriente teórica ideal en un momento –el de la radicalización política de los sesenta– de suma dificultad para mantener el paradigma de la autonomía: autonomía textual, apoyada enormemente en el estructuralismo, para poder sostener la autonomía del intelectual.

“Para un plano de batalla de un combate por una nueva crítica en Latinoamérica”). Sin embargo, el texto central de Retamar, *Calibán*, correría otra suerte. Véase lo que señala Jáuregui:

Por una parte, puede ser considerado el ensayo del *Boom* y, de cierta manera, su epílogo; por otra, *Calibán* representó por varias décadas gran parte de la discusión cultural sobre el imperialismo. Tal vez por ello *Calibán* sea un texto *canónico* y *clásico*, en el sentido etimológico de los términos: repetido y releído o enseñado en las aulas de clase, citado a menudo, objeto de reediciones y reescrituras, discutido y estudiado por una comunidad interpretativa (2008: 491).

¿Qué comunidad es esa? No, desde luego, la comunidad de lectores individuales, informados e independientes con que soñaba *Plural*, una comunidad más cercana al mito de la esfera pública herencia de la Ilustración, pero tampoco la comunidad de los ‘pueblos latinoamericanos’, sino una mucho más circunscrita, la comunidad académica, y ciñéndonos más, la academia estadounidense. A través de un ensayo de Amaryll Chanady, el mismo Jáuregui alude al tránsito que realizó Retamar –un tránsito parejo al de dicha academia– del “*calibanismo* mesticista y homogeneizador” al “*calibanismo* de la heterogeneidad y la diferencia”: Retamar, señala Jáuregui, “mueve a Calibán –vía el concepto de *transculturación* de Ortiz– de la ideología del mestizaje al modelo de hibridez de Néstor García Canclini” (2008: 497 y 514 n.). Y no es necesario remitirnos a los cambios que introdujo Retamar en las últimas versiones de *Calibán*, cambios que responden bien a las críticas y demandas de las nuevas corrientes teóricas en boga en la academia estadounidense;<sup>37</sup> basta con ver la efectiva asimilación de *Calibán* a esa academia: Frederic Jameson afirmando que *Calibán* es “el equivalente latinoamericano del libro de Said *Orientalismo*” (1990: 13); Elzbieta Sklodowska relacionando naturalmente a *Calibán* con “el reciente auge de los estudios culturales, poscoloniales y subalternos”, así como “la gran eclosión de estudios sobre la hibridez”, de la mano de autores como Homi Bhabha, Stuart Hall, Edouard Glissant, Assia Djebar, Antonio Benítez Rojo, Walter Mignolo o García Canclini (2000: 7-9); o, en fin, el propio Retamar sustituyendo en sus ensayos un corpus de lecturas más literarias por otro casi estrictamente académico<sup>38</sup> y presentando sus nuevas versiones o apostillas de *Calibán*

<sup>37</sup> El más claro: la ampliación de su famosa lista de autores calibánicos, que en la versión original solo incluía una mujer, Violeta Parra, y que, ante las críticas desde el feminismo, incorporó a Juana de Azurduy, Haydée Santamaría, Sor Juana, Gabriela Mistral, Frida Kahlo y Edna Manley. Leyendo la “Posdata de enero de 1993” a *Calibán* (incluida en la edición de *Órbita...*), podríamos resumir en tres grandes líneas las adecuaciones a la academia estadounidense que hizo Retamar en su libro: el horizonte feminista y aun de género –la versión inicial era fundamentalmente patriarcal: “mi triste arrancada machista”, dice el propio Retamar (2001a: 420)–; el horizonte de la hibridez –la primera versión era casi vasconcelista en su fe en el mestizaje homogeneizador–; y el horizonte de las minorías –que no existían en su inicial marxismo ortodoxo–.

<sup>38</sup> También van desapareciendo como bibliografía primaria o secundaria incluso los discursos de Castro, y en cambio incrementan su presencia textos teóricos de tradición rusa, alemana, del este europeo, latinoamericana, o de actas y memorias de congresos.

en congresos académicos, muy lejos de la resonancia que tuvo *Casa de las Américas* en sus años de esplendor.<sup>39</sup>

*Plural*, en cambio, enseña un camino inverso, pues, como hemos apuntado, parte de una búsqueda casi desesperada de colaboradores provenientes de la más prestigiosa academia estadounidense y mexicana, y son tan conscientes en la revista del tipo de textos derivados de ahí que en sus índices anuales separan muy claramente el “ensayo” de los textos académicos, presentados más bien bajo rubros temáticos (“Economía, política y problemas nacionales”, “Economía y política latinoamericanas e internacionales”, por ejemplo). Sin embargo, al final de los cinco años de la revista, comenzará un recelo de la mano de Zaid hacia la institución universitaria que en *Vuelta* se volverá ya, plenamente, posición editorial,<sup>40</sup> bajo la sospecha de que las universidades se estaban convirtiendo en espacios ideológicos que a su vez producían un discurso ideológico unidireccional.<sup>41</sup> En este punto, Sánchez Prado y Contreras coinciden en señalar que los años setenta y ochenta marcan en México el momento en que emerge un nuevo tipo de intelectual que sustituirá al intelectual clásico de corte literario: el proveniente de las universidades, quien “combines the practices of the ‘lettered city’ with other forms of media and with intellectual disciplines beyond the humanities” (Sánchez Prado 2014: 16) y quien, desde tales disciplinas, ofrece análisis “aparentemente ‘neutrales’” (Contreras 2010: 58). No deja de ser curioso cómo una de esas disciplinas que en los ochenta alcanzará en México estatuto de discurso analítico hegemónico, la economía, fue impulsada, como ya vimos, desde las páginas de esa *Plural* apegada al modelo clásico del intelectual, y desde ese Paz que en Estados Unidos se esforzaba por reclutar expertos colaboradores universitarios. Pero pronto, mientras ocurre el ascenso del postcolonialismo, de *Calibán* y de Retamar, Paz comienza a apartarse cada vez más del discurso académico, juzgado entonces –de nuevo, con mucho apoyo de Zaid– como un producto de la hiperespecialización y un ejemplo de pésima prosa. Quizá lo que pueda observarse en los años setenta con *Plural* –y en este caso con *Vuelta*– es el

<sup>39</sup> “Calibán en esta hora de nuestra América” fue leído por vez primera como la conferencia inaugural de un congreso sobre el Caribe organizado por la Universidad Autónoma de Yucatán en 1991; “Calibán quinientos años más tarde” fue una ponencia con la que Retamar participó en una mesa redonda en la Universidad de Nueva York en octubre del 92 y que después leyó en otras universidades estadounidenses. Piénsese además cómo la misma *Casa*, en los setenta, dejó de ser aquella polémica revista cultural y se fue perfilando cada vez más como una revista académica (véase por ejemplo el número 77, de marzo-abril de 1973, dedicado al estudio de los medios de comunicación, o la presencia cada vez más constante en sus páginas de académicos como Roberto Schwartz, Julio Ramos, Desiderio Navarro o Armand Mattelart).

<sup>40</sup> No está de más señalar que el propio Paz, según refiere Perales, recordaba esta diferencia entre *Plural* y *Vuelta* –solo que valorándola en un sentido de mejoría–:

Paz, un poco en broma, definió a la primera [revista] como la confusión *Plural*, para mostrar que hubo distintas posturas que buscaban caminos, incluso, contrarios a las ideas del propio Paz [...]. Para Octavio Paz, *Plural* sirvió para trazar el campo de batalla, a diferencia de lo que sería la trinchera de *Vuelta*, en el sentido en que el terreno estaría bien trazado y con una política editorial bien establecida (2013: 15).

<sup>41</sup> Véase, entre otros ejemplos, la dura columna de Zaid “Cinta de Moebio” (56: 56-60).

tránsito de la universidad como *sede* que autorizaba los textos de sus miembros, a la universidad como *discurso teórico* específico, ya indiferente de la posición pública de quien lo ejerciera. A Retamar le gustaría o le acomodaría ese tránsito; a Paz no.

## CODA

Tras tantos contrastes entre *Casa de las Américas* y *Plural*, resultará incluso melancólica una constatación final. Desde la hipóstasis de la literatura en *Plural*, desde la sublimación del líder revolucionario en *Casa*, no deja de postularse en ambas el encumbramiento del intelectual como único agente de la regeneración o la transformación social.<sup>42</sup> En las dos revistas, pues, termina dibujándose no a Calibán ni tampoco a Próspero, sino el viejo y tan latinoamericano rostro de Ariel.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Carignano, Dante (2010): “Sujeto, texto y contexto en la antipoesía y en las prolongaciones neovanguardistas”. En: Yurkievich, Saúl/Puccini, Darío (eds.): *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica. Tomo II*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 871-911.
- Castro, Nils (1969): “Para el estructuralismo histórico”. En: *Casa de las Américas*, 55, pp. 43-58.
- Contreras Alcántara, Javier (2010): *Legitimidad y democracia en el México contemporáneo. Estudio del cambio político y conceptual a través de los discursos de algunos intelectuales mexicanos: Cuadernos Americanos, Plural, Vuelta y Letras Libres*. FLACSO México: Tesis de grado.
- Desnoes, Edmundo/Fernández Retamar, Roberto/Otero, Lisandro/Fornet, Ambrosio (1966): “Sobre la penetración intelectual del imperialismo yanqui en América Latina [mesa redonda]”. En: *Casa de las Américas*, 39, pp. 133-138.
- Edwards, Jorge (1975): *Persona non grata*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Fernández Retamar, Roberto (1967): “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”. En: *Casa de las Américas*, 40, pp. 4-18.
- (1969): “Diez años de Revolución: el intelectual y la sociedad [conversación con Roque Dalton, René Depestre, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet y Carlos María Gutiérrez]”. En: *Casa de las Américas*, 56, pp. 7-48.
- (1973): “Para una teoría de la literatura hispanoamericana”. En: *Casa de las Américas*, 80, pp. 128-134.

<sup>42</sup> Escribe Jáuregui:

Los Calibanes son en su mayoría grandes hombres de las letras, la política y las bellas artes. Los Calibanes de Retamar parecen provenir de la tradición heroica arielista: individuos iluminados y visionarios llamados a conducir la sociedad. Aun en casos como Túpac Amaru, Louverture y Sandino, Calibán es el líder de la insurrección y no las masas insurgentes. [...] Lo que parece semánticamente un discurso divergente del *Ariel* de Rodó, en realidad usa formas similares de violencia simbólica y de exclusión [...]. En la escena conceptual de la identidad, Martí, Castro o el Che, y no los “pobres de la tierra”, serían las figuras calibánicas por excelencia: líderes políticos y hombres de letras que “baja[n] al pueblo” (2008: 500-501).

- (2001a): “Posdata de enero de 1993”. En: Pausides, Alex (ed.): *Órbita de Roberto Fernández Retamar*. La Habana: Ediciones Unión, pp. 417-429.
- (2001b): “Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana”. En: Pausides, Alex (ed.): *Órbita de Roberto Fernández Retamar*. La Habana: Ediciones Unión, pp. 442-498.
- (2004): *Todo Calibán*. Buenos Aires: FLACSO.
- Fuentes, Carlos (1972): “Opciones críticas en el verano de nuestro descontento”. En: *Plural*, 11, pp. 3-9.
- Gilman, Claudia (2003): *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2010): “Casa de las Américas (1960-1971): un esplendor en dos tiempos”. En: Altamirano, Carlos (ed.): *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo xx*. Buenos Aires: Katz, pp. 285-298.
- Jáuregui, Carlos (2008): *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.
- Jameson, Frederic (1990): “Prefacio a la edición estadounidense”. En: *Nuevo Texto Crítico*, 3/5, pp. 3-8.
- King, John (2011): *Plural en la cultura literaria y política latinoamericana. De Tlatelolco a “El ogro filantrópico”*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lemaître, Monique J. (2000): “La obra crítica de Roberto Fernández Retamar”. En: *Revista de Estudios Hispánicos*, 36, pp. 603-625.
- Leñero, Vicente (1972): “México 1972: los escritores y la política”. En: *Plural*, 14, p. 34.
- Luperini, Romano (1969): “Crítica marxista y crítica estructuralista”. En: *Casa de las Américas*, 55, pp. 18-30.
- Mariaca, Guillermo (1993): *El poder de la palabra: ensayos sobre la modernidad de la crítica literaria hispanoamericana*. La Habana: Casa de las Américas.
- Medvedev, Roy (1976): “Sobre el Gulag II de Solzenitzin”. En: *Plural*, 57, p. 79.
- Moraña, Mabel (2000): “Introducción: la historicidad fermental de Roberto Fernández Retamar”. En: *Revista de Estudios Hispánicos*, 36, pp. 563-569.
- Ojeda Gómez, Mario (2008): *México y Cuba revolucionaria: cincuenta años de relación*. México: El Colegio de México.
- Paz, Octavio (1972): “La letra y el cetro”. En: *Plural*, 13, pp. 7-8.
- (1974): “Polvos de aquellos lodos”. En: *Plural*, 30, pp. 17-26.
- (1975): “Las palabras no son cosas”. En: *Plural*, 46, pp. 78-79.
- (1991): “Repaso”. En: *Vuelta*, XV, 180, pp. 10-11.
- (2009): “Itinerario”. En: *Obras completas 9. Ideas y costumbres I. La letra y el cetro*. México: Círculo de Lectores/Fondo de Cultura Económica, pp. 49.
- Perales, Jaime (2013): *Octavio Paz y su círculo intelectual*. México: Ediciones Coyoacán.
- Rodríguez Monegal, Emir (1978): “Las metamorfosis de Calibán”. En: *Vuelta*, 25, pp. 23-26.
- Sánchez Prado, Ignacio (2010): “Claiming Liberalism: Enrique Krauze, *Vuelta*, *Letras Libres*, and the Reconfigurations of the Mexican Intellectual Class”. En: *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, XXXVI, 1, pp. 47-78.
- (2014): “The Democratic Dogma: Héctor Aguilar Camín, Jorge G. Castañeda, and Enrique Krauze in the Neoliberal Crucible”. En: Castillo, Debra A./Day, Stuart A. (eds.): *Mexican Public Intellectuals*. New York: Palgrave MacMillan, pp. 15-44.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (1969): “Estructuralismo e historia”. En: *Casa de las Américas*, 55, pp. 31-43.

- Sarlo, Beatriz (1991): “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”. En: *América. Cahiers du CRICCAL. Le discours culturel dans les revues latino-américaines (1940-1970)*, 9-10, pp. 9-15.
- Schärer-Nussberger, Maya (1989): *Octavio Paz. Trayectorias y visiones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Segovia, Tomás (2011): “Nunca más”. En: Paz, Marie-José/Castañón, Adolfo/Torres Fierro, Danubio (eds.): *A treinta años de Plural (1971-1976) Revista fundada y dirigida por Octavio Paz*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 44-46.
- Sklodowska, Elzbieta (2000): “Introducción”. En: Sklodowska, Elzbieta/Heller, Ben A. (eds.): *Roberto Fernández Retamar y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana-University of Pittsburgh, pp. 7-19.
- Tornero, Angélica (2001): “El concepto de poesía experimental en el siglo xx: el caso de México”. En: Herrera, Alejandra/Zamudio, Luz Elena/Alvarado, Ramón (eds.): *Tercer Congreso Internacional de Literatura. Propuestas literarias de fin de siglo*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 75-82.
- Zaid, Gabriel (1972): “Carta a Carlos Fuentes”. En: *Plural*, 12, pp. 52-53.

Fecha de recepción: 27.02.2015

Fecha de aceptación: 13.10.2015

**I Gabriel Wolfson Reyes** es doctor en Literatura Española e Hispanoamericana por la Universidad de Salamanca y profesor de tiempo completo del Departamento de Letras, Humanidades e Historia del Arte de la Universidad de las Américas, Puebla. Es especialista en literatura mexicana del siglo xx. Algunas de sus publicaciones literarias recientes son *Profesores* (2015), *Be y pies* (2015). Ha coordinado el volumen *Se acabó el centenario: lecturas críticas en torno a Octavio Paz* (2016).